

Capítulo VIII

...cayó la vida al Hospital de la mano de la muerte.



Me había recibido de médico con la juvenil ilusión de mejorar la práctica de la medicina y sobre todo, lograr humanizarla. Quería ser clínico para estar en contacto de una medicina global, sin perderme nada de todo lo que había estudiado. El sueño se empezaba a concretar, al haber logrado una plaza en la Residencia de Clínica Médica.

Conversando con mi padre antes de morir, me dijo que si alguien quería ser filósofo, lo mejor era que se dedicase a ser médico y así, podría estar en íntimo contacto con el drama humano.

No entendía ni me interesaba la política. Quería alejarme de la violencia de cualquier signo que fuese. Solo quería trabajar honradamente y aprender a curar. Ayudar. “*El consuelo que brindes a tus semejantes, será el bálsamo de tus propias heridas*”, fue una frase que me impactó profundamente y me dio fuerzas.

Una explosión inmensa en la Jefatura Central de Policía. El ruido pudo oírse hasta en un radio de diez kilómetros desde el lugar del hecho. La noticia se esparce y llega al hospital. Se habla de cincuenta a sesenta muertos y, por lo menos, el triple de heridos.

Me subieron a la cuarta ambulancia que salía a recoger víctimas. Era mi primer salida importante y volaba cruzando la ciudad, precedido del ulular que nos hacía liberar adrenalina.

La brutalidad total al descubierto. Las columnas de sostén del edificio parecían borrachas y con dificultad se mantenían en pie, dobladas en sí mismas. Los hierros retorcidos en grotescas formas y los pedazos de mampostería, dispersos por doquier, humeaban impiadosos. Hablaban de una bomba de diez kilogramos de *Trotyl*...

En algunos lugares se adivinaban restos de mobiliarios, totalmente destruidos. Hasta los azulejos de paredes lejanas al lugar de la explosión se habían despegado por la tremenda onda expansiva, que vomitó la muerte a diestra y a siniestra.

Olor a quemado, a morgue, a cementerio, a muerte... todos los olores repugnantes juntos, en un solo lugar y en un solo momento.

El impacto arrojó por el aire a muchos, generando destrucción e incendio. En el piso yacían cuerpos desmembrados, pedazos amorfos de carne que fue humana; parches de piel faltaban de los fragmentos de los miembros. Los rostros de los cadáveres mostraban muecas de dolor y sufrimiento.

A los rescatados de entre los escombros, se los acercaba hasta nosotros. Lo primero que recibo es un muchacho de dieciocho años con una fractura expuesta de fémur, con el tobillo torcido a noventa grados en la otra pierna. Tiene trozos de metralla (bolitas de acero y clavos) incrustados en el cuello. Varias heridas inciso - contusas en la cara y en el cuerpo, provocadas por la metralla y la mampostería. También sus ojos están perforados y tienen metrallas incrustadas.

Llegan decenas de asfixiados por inhalación de humo. Buscan desesperados respirar algo de aire puro. Cuando pueden, se pasan entre ellos las máscaras de oxígeno que les acercan desde las ambulancias. Las quemaduras son impresionantes. Carne y tela se fusionan. Veo cuerpos quemados en un cien por cien, pero que todavía se mueven y hasta luchan por sentarse. Parecen carbones con ojos que miran escapar su vida...

Todos están afectados en los oídos por la onda expansiva y, aunque sangran de uno o los dos tímpanos, la audición en la mayoría parece conservada. Trato de hablarles y algunos me responden: - *No me acuerdo de nada, sólo que volé por el aire y quedé tendido en el piso.*

Están “shockeados”, aturridos, confundidos. Muchos me miran sin mirar. Uno se arrodilla en actitud religiosa intentando rezar el *Padrenuestro*, pero solo puede recitar el *preámbulo de la Constitución...*

Pedazos de brazos; nalgas quemadas sin el resto del tronco, con dos piernas que les cuelgan; un dedo de hombre con la alianza parcialmente derretida, me hace imaginar que tenía esposa y quizás hijos. Solamente una parte de la oreja unida al cuerpo, porque el resto de la cabeza ya no está. En lugar de una mano, aflora una coliflor rojiza y negra...

Espectáculo dantesco que aterra al de experiencia y desquicia a los novatos. Es la imagen de la guerra que solo conocía en las películas. La única diferencia es que simplemente esto es real.

Inexplicablemente, nadie se queja, ni grita de dolor, hasta que me enseñan algo que no aprendí en la Facultad:

- *La bomba explotó hace veinte minutos; en diez minutos más, van a empezar todos a quejarse de dolores, doctorcito. A los que les explota “un caño”, no sienten nada por media hora. Usted, esté preparado, doctorcito.* - me avisa el viejo chofer de la ambulancia, que siempre trabajó en el “tren transporte” del Hospital.

Increíble, pero con precisión matemática, a la media hora del hecho, comienzan los gritos desgarradores y el concierto de dolor entre las víctimas. Lo que más impacta y angustia es el pedido de morir, implorando se los mate, para acabar el sufrimiento.

Otros claman llorando por sus madres como en un jardín de infantes, desgarrándote el alma. Y eso nunca lo vi en las películas.

Reparto morfina subcutánea por doquier, hasta que se agota. No alcanza para todos. Apelo a otros calmantes, pero no es lo mismo.

Comienza a hacerse la clasificación de heridos para iniciar la evacuación. Se administran sueros. Se intuba a cuatro que aún están con vida, y el cirujano, el más experimentado de nosotros, hasta drena un derrame pericárdico entre los escombros.

Se improvisa un corredor, cortando calles laterales, desde el siniestro hasta el hospital. Dos médicos quedan en el lugar.

Cuatro ambulancias juntas comienzan el regreso, mientras están llegando otras. Nos acompañan camionetas, patrulleros, carros de bomberos y autos particulares, que traen lo que pueden, como pueden.

En mi ambulancia cargo tres cuerpos con vida, pero a mitad del camino solo uno se mueve; uno falleció mirándome a la cara y lo único que pude hacer fue estrechar su mano.

El hospital está en apresto máximo. Los Jefes de Servicio y el Director Médico, son los de mayor experiencia, y el puesto que tienen asignado en las catástrofes es la puerta de ingreso a la Unidad de Emergencia. A ellos corresponde la tremenda decisión de quién va primero al Quirófano, quién a Terapia, quién a Clínica, quién queda en la Guardia, quién está muerto... o a quién no se le realizaran maniobras, porque ya su estado es irreversible. Y no pueden permitirse sentir culpa...

No hay servicio que no esté en alerta máxima. Hasta Tocoginecología se encuentra en emergencia, porque el impacto de la noticia desencadena infinidad de partos prematuros. Hasta el bar del hospital refuerza sus servicios para recibir a familiares y amigos de las víctimas.

Ascensores que suben y que bajan. A quirófano, a Terapia, a cirugía, a los mismos pasillos... la descarga de pacientes sobrepasa todo cálculo y toda previsión.

Un camión de bomberos ubicado a la salida de donde se descargan las víctimas, elimina del interior de las ambulancias, a *manguerazos de agua*, los restos de carne, sangre, pedazos de ropa, cabellos, algún zapato y lo que queda de una dentadura postiza. Luego vuelven a abordarla su dotación completa (chofer, médico, enfermera y camillero), y regresan al siniestro en busca de más víctimas

Dentro del hospital, hay desesperación por hacer todo lo posible. Hasta lo imposible. Los médicos más novatos están encargados de iniciar las cirugías, y en los momentos difíciles, los jefes y cirujanos experimentados se cambian de ropa, realizan el paso quirúrgico complicado, salen de la intervención y están preparados para entrar a otra.

Como clínico, canalizo e intubo a docenas de pacientes. Muchas veces me cae el sudor de la frente y se mezcla con la sangre del herido. Canalizar. Intubar.

No alcanzan los cirujanos en quirófano y subo a ayudar. Una aorta que estaba contenida, en un movimiento del cirujano, me baña con sangre un costado de la cara mientras estoy sosteniendo los separadores. Está caliente, viscosa y pegajosa. Una enfermera me inunda y lava con abundante suero. Mis manos, en su humilde función, no se movieron ni un centímetro.

El cansancio se siente más que nunca, pero no se le puede prestar atención. Hay que vencerlo. Ya pasaron doce horas y nadie habla de parar a comer. Pero se siente...

Visito a mis enfermos de clínica. Uno yace en la camilla del pasillo; inhaló humo y está con gran dificultad respiratoria; cuesta ponerle el respirador mecánico, pero se logra. Tiene un calzoncillo remendado igual que el mío. Talco y crema en los pies, para luchar

contra el pie de atleta. Como yo. Me identifico. Son seres humanos como yo. Que quizás hasta esa mañana, teníamos idénticos problemas y esperanzas. Pero ya no.

En situaciones de catástrofes, en las primeras horas solo se escribe en la frente del herido y no se hace historia clínica. *M de morfina; VAT de vacuna antitetánica; AMP de ampicilina...* Parecen *graffitis* que pregonan el intento de acabar con el dolor y el sufrimiento.

Las últimas ambulancias que van llegando son cada vez más dantescas. Llegan con menos cadáveres y más repletas de restos humanos. Algunos camilleros, oxigenistas, secretarias y auxiliares no resisten y vomitan...

Todo lo que tenga apariencia de resto humano, según lo enseñado en el zafarrancho de siniestros, debe ser llevado al Hospital. Los médicos forenses han llegado y buscan reconstruir, con los restos, a los cadáveres, en un rompecabezas macabro y espantoso.

A las tres de la mañana recién se hizo *un racconto* de sobrevivientes y su estado. Llegó el momento de dar los primeros informes a los familiares, de aquellos que están identificados.

Comienza la segunda parte del drama para el personal médico. Una madre me reprocha que lo tuvo nueve meses en la panza y no quiere que a los dieciocho años se le muera... Una novia llora las ilusiones que se truncan. Todos miran al Hospital clamando ayuda. Llegan madres, esposa, hijos. Llantos desgarradores.

Me entero que muchos partos prematuros se han complicado. Tengo la sensación que entró la vida al Hospital de la mano de la muerte.

A las cinco de la mañana de un frío día de Julio, salgo al parque del Hospital a respirar. El cielo está estrellado y brilla magnífica la Cruz del Sur. Me pregunto en el silencio del porqué de todo esto. No tengo respuesta. Creo que nadie la tiene. Un tiro, dentro de la violencia, tiene algo respetable, porque alguien se lo dirige a alguien. Pero una bomba mata a cualquiera que por azar se encuentre cerca.

Hasta hay miedo en las caras de los vivos y creo que sienten culpa de seguir con vida. Y su silencio demuestra la infinita desprotección del ser humano.

Me estremezco cuando regreso a mi casa. Lo primero que hago es abrazar fuerte, muy fuerte a mi pequeño hijo...